

I

Poco después de volver de Grecia, mientras aún iban apareciendo aquí y allá restos y recuerdos del viaje (unas cerillas, un papel de envolver, un regalo olvidado...), pergeñé unas notas, seis en total, junto a otras tantas fotografías, para un pequeño encargo del trimestral *ElSummum*. Me hubiera gustado redactar aquellos escritos en el lugar que ahora rememoro, pero admiro profundamente, ésa es la verdad, a quienes en un viaje de ocho o nueve días sacan los minutos, o el estado anímico, de darse a la escritura. Digo «los admiro», aunque también podría despreciarlos: cuando se les rinde la vida, se hunden en la ficción. Tal vez esto sea mero autoengaño. O quizá el espíritu taoísta, inyectado en mi última niñez, que aparece ocasionalmente y salpica mis pensamientos. Yo soy incapaz de escribir en un viaje. Si tengo ganas, llego a tomar algún apunte o intento construir un poema (aquellos brevísimos cuatro versos, escritos en veneciano, sobre una servilleta del café Florian, serían

una muestra). No puedo crear porque, una vez en la habitación, miro. Pocas veces hacia la calle, es cierto, pero en Esparta quería captarlo todo. No así en Atenas, o en Delfos, o en Olimpia, estaciones de la peregrinación que es para todo europeo el recorrido por las tierras helenas. Pero a Esparta, olvidada en la mayor parte de trayectos turísticos, me dirigí con una fruición extraña. Evidentemente, esa Esparta, sin nada saber de ella, estaba ya en mí.

A la vuelta, decía, redacté una serie de textos muy breves (no alcanzaba ninguno las seis o siete líneas) estilísticamente dentro del dietario o de la prosa, lejana de la lírica pero también de la narrativa. Acompañaban a unas fotografías hechas por mí y a una por Rosa María mientras yo oraba en las ruinas del templo de Ártemis Ortia. Hubiera deseado transmitir mucho más de lo allí dicho o captado, pero suele ser un mal vicio abandonar lo placentero. Somos conscientes de nuestra atracción inaudita por algo en concreto y lo dejamos marchar. No es heroicidad o sacrificio, es miedo de apoderarnos de ello, pavor de perder su deseo. Me ha ocurrido, por ejemplo, con algunos libros: abandonarlos por pura congoja y goce estético. En este caso, tal dejación se debió a una necesidad de no estar limitado en la extensión y en la entrega. Esparta no podía contenerse en una foto —ni en seis—, no podía dejarla a merced de un puñado de líneas, no podía adscribirla a género alguno ni a nada temporal. De ahí la deuda con Esparta o, es más, con aquello de

Esparta que aún perdura, con aquello que sólo reside ya en nuestro interior, casi incomunicable y a duras penas vivenciable. Hubo, pues, una serie de textos. Pudo haber más o no. Pero hubo seis, titulados en conjunto «La tumba de Leónidas». Y fueron publicados como si nada más me quedara de Esparta, encarnados el mundo, o Europa, nuevamente en su vientre. Cerraba la breve serie con la siguiente prosa: *Y después de la oración, la acción de gracias. Junto a la tumba de Leónidas, el recuerdo de las Termópilas y de aquel sacrificio por Europa. Aunque la tumba de Leónidas se haya convertido hoy en un túmulo de piedras donde juegan los niños, donde la muerte sirve de contenedor para los residuos del tiempo. Todo se ha perdido en Esparta para quien desee ver con los ojos del mundo. Pero ciérrense y Esparta vuelve a ser de nuevo Esparta. Como esta noche en la que escribo estas palabras. Esta misma noche.*

Ahora es también de noche y reinicio unas palabras similares a éstas. Es más, cierro los ojos, acatando mi propia sugerencia, y desconozco todos aquellos lugares, los pasos perpetrados bajo el sol de agosto en la montaña, la comida, el nombre de los picos, el color de la estatua verdosa en la avenida del centro de la ciudad. Allí, Rosa María me hizo una foto. No una foto artística, sino una foto semejante a la que se enseña de un amigo tras largo tiempo sin verlo, la de una novia de juventud de quien sólo nos alcanza una brumosa y tierna evocación, la de quien anhela descarnarse en esa ima-

gen para ser memoria incorrupta de una estancia, de un algo indefinido que sólo captamos entreabriéndose por los jirones de las nubes en el fondo del verano. Así, me dispuse yo junto a la estatua de Leónidas. Quería una foto junto a la efigie inmensa de Leónidas situada al comienzo de la principal arteria de Esparta. Acechante, es más que un símbolo. Es ella misma, es decir, él mismo quien otea hacia un más allá de alturas entre sembrados y campos de frutales. Me coloqué junto a la estatua de Leónidas. Y la miré hacia lo alto. Y sonreí hacia la cámara.

II

Se dice que la mañana en que Leónidas iba a morir junto a todos sus guerreros, mientras defendían el estrecho paso de las Termópilas frente a los persas, el general espartano ordenó con el hechizo de un misterio o mandamiento: *Desayunad copiosamente, pues esta noche cenaremos todos en el infierno*. La leyenda nos impide imaginarlo bromeando; la historia también. Muchos hombres ya habían muerto en ese día final y se sabían rodeados por el ejército de Jerjes. A primera hora, mientras los héroes espartanos disponían sus armas y peinaban al viento sus largas cabelleras, se dispusieron a comer. Tal vez las hierbas del lugar los alimentaran, alguna pieza de caza, algún fruto ofrendado por Deméter. Mientras veía a sus hombres untarse los cuerpos con aceite, pronunció esas palabras ya eternas: *Desayunad copiosamente, pues esta noche cenaremos todos en el infierno*. Leónidas no podía estar bromeando, pero Leónidas tampoco podía hablar en serio. A veces, sólo perduran los hechos más nimios

aunque Leónidas, ahí, tuviera una visión mística, un recuerdo del futuro, una encarnación con el ciclo de la muerte y de la vida: Esa frase, ese tesoro grabado y transmitido durante más de dos mil años, es en sí un texto sagrado. Nada hay de heroísmo, nada hay de desespero. Los guerreros espartanos asistían a sus últimas horas como quien, tras la noche en vela, aguarda el agrietamiento de la oscuridad en luz. Poco importa en ese instante —mucho menos en éste— que la sociedad espartana fuera de tal o cual manera, que estuvieran allí los hombres más señalados, que todos y cada uno de ellos se sometieran a ese final y lo aceptaran cual un amanecer. En Leónidas, no hubo resignación, ese vil sentimiento de desprecio hacia la superación y la transcendencia. En Leónidas, hubo conocimiento. Y fuerza. Y, sobre todas las cosas, sabiduría. Las palabras emanadas de Leónidas, y que la tradición nos ha legado, son palabras de poder en el sentido chamánico del término. No serían las únicas pronunciadas. Leónidas arengó a sus soldados, Leónidas guardaría silencio, Leónidas aceptó su hado con la tranquilidad de saber que lo que ocurre es siempre lo único que puede ocurrir, pues de hecho es lo que ocurre. Pero este conocimiento ya lo tenía —ya lo tenían todos ellos, por supuesto— al dirigirse ese batallón de trescientos guerreros europeos desde Esparta para defender el paso de las Termópilas ante el avance de los persas. Durante tres jornadas resistieron el embate de las columnas de Jerjes. Al alba de ese tercer día, Leónidas reunió a sus hombres, agotados, sabedores de su pronta

muerte, fieles a todo lo que los constituía, y habló. No podía decir más. Sus palabras resonaron en los montes cercanos, se prendieron de los árboles circundantes, moraron por siempre en las piedras extendidas por el terreno del campamento. Desde niños, su vida era la lucha, y también lo iba a ser su muerte. Más de uno recordaría las frías calles de su ciudad, envueltos en pellizas, atentos a los peligros, en tensión constante ante cualquier reto. Da igual si eran los mejores de su generación o si era un pelotón de conveniencia, improvisado, enviado a regañadientes hasta tan lejos para impedir, en un estrecho pasillo, que las huestes de Persia profanaran suelo griego. Conocíamos su número, pero nunca sabremos sus edades. Nunca diremos sus nombres. Todos serían recitados en aquellas horas de inmolación, todos quedarían en los labios de unos y de otros, susurrantes, imprecantes, obedientes, murientes... Leónidas los mencionaría uno por uno, los de quienes sobrevivieron hasta esa última contienda, esa mañana. Lo haría antes de que por su voz hablara el oráculo, quizá Ares o tal vez Cronos, para ordenar con un deje de anhelo y de sapiencia: *Desayunad copiosamente, pues esta noche cenaremos todos en el infierno*. Sabían dónde estaban y hacia dónde iban. No necesitaban nada más, y en esta renuncia, en este vaciamiento, se encuentra la cifra que marca el paso del hombre al mito. Porque Leónidas dejó de ser Leónidas para ser Leónidas: él mismo pero distinto, completamente diferente, pero siempre aquel que derramó su sangre, que ofrendó su sangre, que sufrió y murió por nosotros.

En el infierno. Desayunad copiosamente, pues esta noche ningún alimento podremos llevarnos a la boca. Desayunad copiosamente, pues estos trozos de carne reseca, estos frutos agusanados, estas hierbas de sabor terroso serán nuestro último banquete. Desayunad copiosamente, porque nunca más vuestros labios saborearán el jugo de las frutas o el néctar licuado de las flores. Desayunad, pues ya no habrá quien desayune, ni quien coma. Desayunad, porque ha llegado la hora de romper el ayuno de la noche y no existirá otra madrugada para nosotros: El infierno será nuestro destino porque ya habremos visitado el Olimpo en las Termópilas.